

## Juan Rulfo

### Memoria y Oralidad, constantes de su ficción

---

Carmen Sosa Gil

Este breve ensayo es un acercamiento a la obra de Juan Rulfo (1918-1986) y a algunos de los temas de su narrativa, tales como la soledad, la tristeza o la muerte y el mundo de sentidos que, desde un tratamiento muy cuidado del lenguaje, recrea esos elementos en cada uno de sus relatos, particularmente en *Luvina*, incluido en el libro de cuentos *El llano en llamas*.

La obra de Rulfo se ciñe principalmente a dos títulos: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Su narrativa se halla fuertemente vinculada a algunos problemas histórico-sociales de los años cincuenta, con una clara referencia a las consecuencias de la Revolución Mexicana, como bien lo expresa Jorge Rufinelli al comentar que *los ramalazos de violencia revolucionaria de sus cuentos se filian sin error en el México de su infancia* ("Prólogo". En: Juan Rulfo. *Obra Completa*, 1985: XI).

El despoblamiento del campo mexicano y el consiguiente éxodo hacia los centros urbanos, explican la desolación que se palpa en el ambiente físico de los relatos de Rulfo. Son tierras infértiles, pueblos otrora prósperos convertidos en pueblos fantasmas, cuyos habitantes quedaron sumergidos en la pobreza. Es manifiesto el hecho de que el escritor no desecha esa realidad humana y geográfica - en muchos casos circunscrita a los áridos campos de Jalisco- sino que la incorpora al proceso creador de sus narraciones.

En el marco de estas coordenadas tanto geográficas como narrativas se encuentra el relato que nos ocupa, *Luvina*. La narración comienza con la descripción física del lugar. El pueblo San Juan Luvina es un pueblo perdido en una zona desértica, sacudida constantemente por un fuerte viento que marchita todo a su paso.

Se observa desde el primer momento el manejo acertado del lenguaje, con una clara inclinación del autor por el lenguaje hablado, coloquial y regional. Más que palabras son voces que evocan el paisaje, que describen a los personajes y a la naturaleza, creando una particular atmósfera sombría e inclemente marcada por la desolación.

El narrador dirá que - *Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar triste... Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Y también: ... pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo... siempre.* (Juan Rulfo, *Obra completa*, 1985: 62).

Esa atmósfera triste y desolada que persiste a lo largo del relato, invade de tal manera los espacios y la vida de los personajes que termina materializándose, haciéndose de tal modo palpable, hasta casi convertirse en personaje del cuento. Pero ésta es una irreal atmósfera circunscrita al lugar, a Luvina y en estrecha relación con la muerte.

Si se sigue el desarrollo del relato, puede verse en contraposición, como la naturaleza que rodea la tienda (en el otro pueblo) es totalmente diferente: hay árboles movidos por el viento, niños jugando y gritando, se escucha el sonido del río. Es una naturaleza dinámica, llena de vida, donde los elementos hacen referencia a la vida.

En otro orden de ideas, nos encontramos con un relato que, introducido por un narrador heterodiegético situado fuera de la acción, pasa, casi imperceptiblemente, a la voz de un narrador autodiegético, que es, a la vez, personaje de la historia. Este narrador describe la realidad tanto ambiental como humana de Luvina, sus experiencias en el pueblo, su fracaso y partida del mismo.

El viejo maestro, a través de un monólogo un tanto incoherente, deja brotar el torrente de sus recuerdos ante un supuesto interlocutor que casi al final del cuento se manifiesta al lector como el nuevo maestro. El narrador dirá al respecto: “... *Pero mire las maromas que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: ‘Usted va a ir a San Juan Luvina.’* (66).

A medida que el viejo maestro va relatando su historia, va creando en el lector la impresión de que lo hace en voz alta, de que su voz se puede ‘escuchar’. Nos encontramos aquí ante esa preferencia –ya mencionada– del escritor Rulfo por la oralidad. En la presencia del interlocutor implícito se halla ciertamente un resto de tradición oral.

Ese oyente cuya silueta se insinúa en las palabras del narrador, en algunos momentos parece disolverse. El lector entonces se pregunta: ¿Hay un interlocutor verdadero?; ¿Hay un monólogo o un diálogo?; si este es el caso, el maestro, ¿se dirige a un alguien real?. Los interrogantes quedan flotando en el aire, sin resolverse. En momentos parece que la realidad se desdibuja; el narrador monologa con una sombra que lo escucha, pero esa sombra no es más que la proyección de sus recuerdos en medio de la inmensa soledad que le envuelve.

Aunque la atmósfera extraña y desolada está circunscrita al pueblo de Luvina, parece prolongarse en el espacio y en el tiempo hasta aquella tienda o bodega donde el protagonista rememora las pasadas experiencias. Es como si las fronteras entre lo real y lo irreal, entre el presente y el pasado se pierden o se entrecruzan para dejar ver otra realidad, otro mundo.

Es la misma sensación de alucinante irrealidad que rodea la experiencia del maestro y su familia en Luvina, cuando parados en la plaza del pueblo son abandonados por el arriero, “... *En medio de aquel lugar donde sólo se oía el viento... Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos. “Entonces yo le pregunté a mi mujer: -”¿En qué país estamos, Agripina?”* (63).

Igualmente sucede, al amanecer del día siguiente a su llegada al pueblo, cuando ven a las mujeres: “... *Entonces caminé de puntillas hacia allá, sintiendo delante de mí aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi... Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo ...*” (64).

Es la experiencia del hombre que se siente pequeño, muy pequeño frente a un mundo extraño, desconocido, un mundo que le resulta incomprensible porque transgrede los límites de la razón, de las creencias y hasta del tiempo.

Es entonces cuando la narración, construida en planos temporales distintos (presente/ pasado), adquiere un valor singular. El narrador del presente monologa en el espacio de la tienda con una sombra. Es el mismo que

recuerda en el pasado a un grupo de mujeres que “como si fueran sombras” se cruzan repentinamente en su camino.

Lenguaje, espacio y tiempo se entrecruzan, convergen, para poner lo aparente y real junto a lo irreal, los hechos del presente junto a los del pasado, tan cercanos que pueden tocarse, pues gracias a la memoria coexisten pasado y presente.

Las “sombras” de las mujeres hacen referencia a un pasado inmediato, el pasado del maestro en Luvina. Pero también en esas sombras se pueden vislumbrar las huellas de un pasado remoto, las antiguas costumbres, las raíces míticas de los pueblos indígenas que, perdidas en el tiempo, perduran hasta hoy, pues como dice Roman Samsel: “*cuando la mitología se mezcla con la realidad, surge un mundo fantástico ... un mundo real y, a la vez, mágico*”. (Juan Rulfo y el realismo mágico, 1984: 30).

Esas “*figuras negras sobre el negro fondo de la noche*” (64), enigmáticas y fantasmales como si fueran la materialización de orígenes perdidos, remiten nuevamente a la memoria gracias a la cual es posible la persistencia de los mitos, pues sólo en ella, como territorio de difusas fronteras, pueden convivir la vida y la muerte, los seres (aparentemente) vivos con los muertos, los espíritus y los fantasmas, la cotidianidad y los recuerdos.

Si a estos referentes míticos se une aquella imagen de la desolación casi palpable, de la tristeza invadiendo todos los rincones de Luvina y por extensión, todos los espacios y los momentos del relato, se hace evidente otra imagen presente en el cuento desde sus inicios y ya insinuada en estas reflexiones: la imagen de la muerte.

Cuando vuelve la mirada al espacio físico, el lector se encuentra con un pueblo ubicado en medio de una naturaleza agónica; la voz del narrador le dice: “... *Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Luvina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto ...*” (61).

Contribuyendo a esta apariencia moribunda se encuentra el viento como artífice de la aridez y de la muerte: “... *Un viento que no deja crecer ni a las mismas dulcamaras ...*” (60); que “*se lleva el techo de las casas ...*” (60). Es un viento que se transforma hasta casi personificarse pues llega a rascar “*como si tuviera uñas*” (60). Los habitantes del pueblo, en noches de luna, “*...ven de*

*bulto la figura del viento recorriendo las calles*” (62), y pueden sentirlo en sus propios cuerpos removiéndoles los huesos.

También el maestro y su familia han experimentado esta presencia casi corpórea y temible del viento, cuando refugiados en la iglesia lo sienten pasar “... *con sus largos aullidos, ... entrar y salir ... golpeando con sus manos de aire las cruces ...*” (64).

La tristeza, se encuentra presente a toda hora en los rostros sin sonrisa, aunque sople el viento, “... *no se la lleva nunca ... Está allí como si allí hubiera nacido. ... está siempre encima de uno, [oprimiendo] la viva carne del corazón.*” (62). Es una continua sensación de angustia y resignación que sofoca y debilita la vida, hasta perder la noción del tiempo y esperar solamente a que llegue “*el día de la muerte ...*” (65), que para los habitantes de Luvina, inmersos en la pobreza y el desamparo, viene a representar una especie de liberación.

Y es que en Luvina no queda vida. Sólo quedan los ancianos y las mujeres solas, aguardando el día de la muerte, “... *Solos, en aquella soledad de Luvina*” (65). Tampoco quieren irse del pueblo porque, apegados a sus antiguas tradiciones, “... *si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.*” (66).

La separación entre la vida y la muerte es tan leve que parece borrarse y transformar el famélico pueblo habitado por seres que parecen muertos, en un mundo de espíritus, de sombras negras que se desvanecen en el umbral borroso del pasado, tan cercano a la muerte.

Es así como el maestro en su reflexivo monólogo comenta lo que para él representaba Luvina: “...*Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio, ...*” (66). Hay en esta cita una doble referencia a la muerte: como espacio desprovisto de toda vitalidad, Luvina como ese espacio desolado tan cercano a la muerte, donde la tristeza y la quietud excesivas sugieren ya otro mundo sin tiempo, el de la eternidad.

La sequía, el viento, la extrema pobreza; la tristeza y la desolación, todo se conjuga para hacer de Luvina el lugar de la desesperanza, del fracaso, el lugar que casi desaparecido resulta irreal. Pero no un espacio mágico sino una dura realidad histórica revelada gracias a la calidad literaria de la prosa de Juan Rulfo.

Bibliografía:

Rulfo, Juan. *Obra Completa*. Caracas: Monte Ávila, 1985.

Rufinelli, Jorge. Prólogo y cronología. En: Juan Rulfo. *Obra Completa*. 1985.

Samsel, Roman. "Juan Rulfo y el realismo mágico". En: *Plural*. (México) 157: 30-31, oct' 1984.

Schmidt, Friedhelm. "Heterogeneidad y carnavalización en tres cuentos de Juan Rulfo." *Revista de crítica literaria latinoamericana*. (Lima-Berkeley) 47: 227-243, En' jun' 1998.